

Palabras convencen, ejemplos arrastran

Alfredo Acle Tomasini©

Recién el gobierno instaló el Comité Nacional de Productividad cuyo objetivo inmediato será la redacción y coordinación del Programa Especial para la Democratización de la Productividad. Término que resulta tan complicado de entender como aquel que en su momento utilizó el movimiento YoSoy132 cuando proponía “Democratizar los medios de comunicación”, por lo que parece que de manera similar, el significado que se le quiere dar a la palabra democratizar es el de acceder.

En efecto, por lo que se desprende de la lectura del artículo que Peña Nieto publicó el martes en El Universal, dicho programa pretende hacer accesibles los medios para que campesinos y empresarios sean más productivos y, a la vez, para que los beneficios logrados sean mejor distribuidos.

Quizá por la prisa para plantear la solución a un problema tan grave para el país como es su estancamiento económico y productivo, poco se abundó en su diagnóstico.

Desde esa perspectiva vale la pena detenerse en un gráfico que se presentó, donde se muestra que la productividad en México tuvo un crecimiento casi ininterrumpido de 1950 a 1981, año a partir del cual descendió para estabilizarse desde 1989 en una medianía que es apenas el 75% de lo que una vez logramos. Pero lo que mejor describe la gravedad de nuestro estancamiento es que el actual índice de productividad es el mismo que teníamos en 1965 cuando más del 60% de la población actual no había nacido.

Llama la atención que el hito de la productividad se haya alcanzado en 1981, año que marcó el fin de una estrategia de desarrollo basada en el cierre de fronteras y en la participación del Estado en la economía, y el inicio de un nuevo modelo que privilegia a las fuerzas del mercado y la apertura económica como las generadoras del crecimiento.

Tan cierto es que el modelo anterior se agotó en gran parte por el uso abusivo del endeudamiento y la falta de control en el gasto público, como que, a juzgar por los resultados, el actual modelo ha quedado a deber.

Ni hemos crecido como lo hicimos antes de 1981 y, como se diría ahora, la democratización de la riqueza ha empeorado. Sobresalen fortunas gigantescas cuyo pivote han sido los otrora monopolios públicos reconvertidos en privados. Mientras que las privatizaciones fracasadas de bancos y carreteras terminaron, como los despilfarros de antaño, sobre las espaldas de los contribuyentes.

Es cierto que la economía ahora es mucho más grande y exportadora. Sin embargo nos vamos pareciendo a un gigante obeso cuya torpeza le impide competir; aumentar de tamaño no crea más músculo, ni nos hace más sagaces.

Pero también hemos logrado eliminar las crisis recurrentes ocasionadas por desequilibrios fiscales. En efecto, la disciplina fiscal nos ha valido de mucho en un entorno internacional inestable. No obstante, vale la reflexionar si la aplicación de ésta sin considerar otros elementos, está lastrando el crecimiento de la economía.

¿Es lo mismo tener las finanzas públicas en equilibrio con una recaudación de 12% que con otra de 20%?

Imaginemos a un padre de familia que decide trabajar medio tiempo y que aplicando la más férrea disciplina presupuestal, le dice a su familia que todo será a la mitad: los alimentos, la escuela, la ropa, etc. Sería extraño que esta familia superará a la del vecino que en cambio decidió invertir en su capacitación y migrar a un trabajo mejor remunerado.

¿No es esto lo que nos ha ocurrido? Cuando la disciplina fiscal se impone con una recaudación anoréxica, entonces ésta se convierte en un lastre para el crecimiento y la productividad del país, porque mientras en la arena competitiva otras naciones invierten para crear conocimiento, para desarrollar a su talento, para establecer las condiciones materiales que faciliten el funcionamiento de su economía, nosotros en cambio caminamos arrastrando la pata de palo con la esperanza de que el mercado hará lo que el gobierno deja de hacer.

Los tiempos indican que el Estado debe replantear su rol en la economía; ya probó ser un activo participante y también la de limitarse a actuar como un agente de tránsito. Ambos enfoques contienen enseñanzas valiosas extraídas de errores y aciertos. Ahora se requiere de audacia e imaginación para plantear una nueva forma de participación del Estado en la economía que renueve su liderazgo como factor de impulso.

Un acierto haber puesto en el centro del debate económico la imperiosa necesidad de incrementar la productividad del país porque sin ésta el desarrollo es imposible, pero de la misma manera debemos reconocer que el liderazgo del Estado para impulsar este objetivo es irremplazable. Ahí está la evidencia que nos indica lo que ha sucedido cuando renunció a ser el abanderado del desfile. Palabras convencen, ejemplos arrastran.

alfredo@acletomasini.com.mx

@AcleTomasini